LAS "ALAS" EN PEDRO PRADO

En uno de los íntimos poemas en prosa reunidos en 1921 bajo el título *Las copas* les dirige Prado a las mariposas esta lírica alocución:

> Con mi lámpara encendida, y abiertas las ventanas, amo escribir cuando la noche llega.
>
> Las mariposas, al reclamo de la lámpara, vienen de los huertos y de los pastales floridos. Vienen y danzan en torno, y se posan sobre las blancas carillas; y hay un resplandor mayor cuando alguna en la llama, consumida, muere.
>
> A veces guardan mis páginas el polvo de oro de sus alas inquietas, pero más a menudo a ellas se mezcla la liviana ceniza de alas consumidas.[1]

Esta breve comunicación se propone examinar las alas como concepto clave y unificador en la novelística de Pedro Prado y los recursos literarios que utiliza el poeta, el filósofo y el novelista para enfocarlo. Sus páginas guardan a cada paso "el polvo de oro" sin que falte "la liviana ceniza". Son los dos polos que determinan la temática y aspectos estructurales de acuerdo con un plan claramente definido.[2]

Se inaugura la trayectoria novelística con el "hombre raro" (en *La reina de Rapa Nui*) irresistiblemente atraído a la isla exótica y a su encantadora soberana, quien termina sin embargo por volver a su país y muere con "un anhelo indefinible" (*Reina*, p. 22).[3] Ya se traslucen las raíces del conflicto que se destacará, en forma cada vez más clara, como dilema sentimental o ideológico, en las novelas posteriores. Por un lado las alas ebrias que volando sobre el mar quieren abarcarlo todo, que anhelan viajar geográfica e intelectualmente porque desprecian los límites y la rutina exasperante, y que sienten la pasión profun-

---

1 "La lámpara" (Composición introductoria de *Las copas*. Buenos Aires, 1921).

2 El paulatino maduramiento de cierta novela al cual alude en carta a Rafael Alberto Arrieta (ver: "Vistos desde afuera: Pedro Prado" en *Atenea*, III, 8, octubre de 1926, pp. 252-61) desmiente la falta de "disciplina de trabajo" que confiesa el autor. Los "estados de embriaguez" que cita Prado en la misma carta señalan las "alas inquietas".

3 Utilizamos las siguientes abreviaturas:
Reina = *La reina de Rapa Nui;*
Juez = *Un juez rural.*

da por el agua (*Reina,* p. 28) porque revela nuevos horizontes. Por el otro, el recuerdo de la tierra, el peso terrestre, que mina la eficacia de las alas, corrompiéndolas para que sacrifiquen la tranquilidad y el misterio por la fiebre y por la ambición.

Ya que, según la tesis predilecta del "hombre raro" toda especialización "tiene mucho de monstruoso" (*Reina,* p. 17) no es más que lógico que teóricamente se supriman los detalles y que la "memoria digestiva" retenga sólo la esencia de las cosas. En este aspecto el autor no concuerda con la fórmula de su protagonista. Prado consigue penetrar a la substancia esencial acudiendo precisamente a los detalles. Es una técnica que maneja con tanta maestría en su primera novela que hasta los íntimos amigos atribuyen su documentación, tan detallada como acertada, al contacto inmediato con la región exótica.[4]

Bien sabido es que ocho años después (en 1922) las "exóticas alas" del poeta Prado resultaron en el homenaje genial al célebre poeta afgano Karez-I-Roshan, con la colaboración y con el prólogo de Antonio Castro Leal, distinguido miembro de la Comisión de Honor para este Congreso. (Para que no falte el "peso terrestre", ni en este pintoresco aparte, merece anotarse que, según las palabras del mismo poeta persa, fue el único libro suyo con el cual hizo negocio.) [5]

La pregunta que le hace al recién llegado la monarca de la isla, a saber si es feliz y no si está bien de salud (como "es de costumbre en los países civilizados") enaltece la isla por encima de estas mismas regiones que se jactan de su civilización. No deja de evocar la idealización romántica del *bon sauvage* y desde luego el *Zeitgeist* del siglo de las luces.

Por fin la alocución romántica a la Isla del Pacífico con que termina la novela anuncia el concepto de libertad que ha de concretarse en la vitalidad de los inolvidables vagabundos que Prado retrata con admiración, cariño y hasta con envidia.

El tema y el personaje vagabundos nos llevan a la más ambiciosa creación de Prado, renombrada como una de las mejores novelas artísticas de las letras hisponamericanas.

---

[4] Torres Rioseco declara categóricamente: "Prado no ha estado nunca en la Isla de Pascua" (*Grandes novelistas de la América Hispana.* Berkeley, 1949. pp. 176-177).

[5] En una carta fechada 7 de mayo de 1922 y reproducida por Raúl Silva Castro en *Pedro Prado (1886-1952).* Santiago, 1965, escribe Prado: "Este nuevo procedimiento literario que emplea los recursos más modernos de la ciencia, lo hemos in-

Está por demás afirmar que "las alas solitarias" de Alsino dan alas a la imaginación. Se prestan a la interpretación individual,[6] social,[7] filosófica [8] y estética.[9] Las alas en conflicto con la tierra evocan desde luego el dilema faustiano de

Zwei Seelen wohnen, ach, in meiner Brust,

mientras que el escrutinio de la realidad y verdad esenciales trae a la memoria las inmortales páginas de la Biblia de la Humanidad, *Don Quixote,* sin que los ecos europeos oscurezcan la autonomía creadora del autor chileno.

A lo mejor está en lo cierto el mismo Prado cuando, frente a la variedad de interpretaciones, observa que en *Alsino* "cada uno ve lo que quiere o puede" [10] —seguro indicio de obra de estatura universal.

Sin entrar en los detalles de las peregrinaciones del jorobado, detalles que han sido analizados por prestigiosos críticos, limitémonos a definir lo que califica Prado de "jugo último de las cosas" en relación con el concepto polar de las alas.

Con el objeto de aumentar el efecto total de unidad y de armonía, Prado utiliza un recurso interesante y muy apropiado a la índole de la composición.[11] Como artista consciente, no sólo fija un *leitmotiv* para cada una de las cinco divisiones de su "poema sinfónico" [12] —casi me inclino a clasificarlas de "movimientos", sino que las entrelaza y las fun-

---

ventado con Castro Leal con el doble objeto de subsanar una dificultad material: el costo del papel, y de vencer una espiritual: abaratar la gloria."

6 "Alsino es el muchacho solitario ansioso de un ideal" ("Alone" — Hernán Díaz Arrieta — *Los cuatro grandes de la literatura chilena durante el siglo* XX. Santiago, 1962. p. 70).

7 Arriagada y Goldsack opinan que hay relación entre los anhelos de Alsino y los anhelos del proletariado chileno por "romper sus cadenas seculares" (Julio Arriagada Augier y Hugo Goldsack. "Pedro Prado, un clásico de América" en *Atenea,* núms. 321-322-323-324, correspondientes a los meses de marzo, abril, junio y julio de 1952; p. 57 de la separata publicada en Santiago de Chile en julio de 1952).

8 Para Arturo Torres Rioseco Alsino es el hombre "que anhela remontarse por sobre la fealdad de la vida... y sin embargo queda fatalmente ligado a la tierra" (*La gran literatura iberoamericana,* Segunda edición. Buenos Aires, 1951, p. 233).

9 Francisco Contreras considera a Alsino como "le poète ou plutôt la poésie même" (*L'esprit de l'Amérique espagnole.* París, 1931, p. 124).

10 Véase carta de Prado citada por Alone, *op. cit.,* p. 115.

11 Véase el lento proceso madurador de la novela (con tal que aluda a la composición de *Alsino* la carta a Rafael Arrieta citada en la nota 2).

12 Se trata de un término empleado por Arriagada y Goldsack.

de más aún, anunciando este *leitmotiv* en las palabras (o "notas") finales de la parte anterior.

Veamos ahora en qué forma este recurso "transicional" contribuye al conjunto temático y a la unidad estructural.

El principio de *Alsino* evoca las páginas introductorias de *La reina de Rapa Nui.* Los idénticos anhelos de viajar que impulsan al "hombre raro" se evidencian en Alsino. Al quedarse jorobado, la joroba estimula la metamorfosis en su filosofía, anunciando para la segunda parte la manifestación de "deseos inexpresables" (*Alsino,* p. 34). Se concretan y se intensifican en forma de alas y éstas no tardan en empujarle hacia arriba. Diría Goethe en su "Aprendiz de brujo":

Die ich rief die Geister
Werd ich nun nicht los.

Desde ahora no se resignan las alas. El joven campesino chileno, ebrio de su nuevo poder, no puede resistir la errónea sensación de ser el "centro del universo" (*Alsino,* p. 73). El concepto romántico que se proclama en las palabras finales de la segunda parte de la novela resulta en el loco entusiasmo que produce su subida en busca del sol. "Del solitario valle volando subo a tu encuentro" (*Alsino,* p. 88). (¿Quién no recordaría las mariposas en busca de la lámpara?)

Su éxtasis se convierte en frenesí, "los ojos ardientes, secos los labios" (*Alsino,* p. 112). Sin embargo el que se intuye ser "centro del universo" no deja de sucumbir a los impulsos humanos. Vibran las alas, provocadas por la ira, por el deseo sexual, o agarradas por el huracán.

El jorobado vuelve a emprender el vuelo en el momento en que los pájaros celebran "el nuevo amanecer". A primera vista este nuevo amanecer ofrece poco motivo de regocijo o celebración por lo que se refiere al personaje de Alsino. Físicamente se encuentra en plena decadencia, presentando el espectáculo melancólico de un desgraciado —ni ángel, ni demonio— preso, las alas cortadas, ofendido y herido por las "tristezas cotidianas". Sin embargo, la impotencia material del joven permite los gérmenes de un "nuevo amanecer", inaugurando su proceso de regeneración espiritual. Cantando menos (excepto en el magnífico "Canto del amor", *Alsino,* pp. 177-181), reflexiona más.

En esto estriba la innovación positiva del "amanecer". No me parece pura coincidencia que la cuarta parte de la novela que es la menos lírica y la que cuenta con más detalles realistas, sea también la más

larga, ya que ocupa casi la mitad del libro.[13] Prado no es artista de coincidencias. Evidentemente la cuarta parte donde por primera vez entra en escena la sobria reflexión le merece mayor atención al autor, consciente del papel de eslabón estructural que le corresponde en el desarrollo del protagonista.

Además no hay que olvidar que el "nuevo amanecer" de la cuarta parte tenga otro aspecto positivo, o sea "las lágrimas de Abigail" (*Alsino,* p. 155) que conducen a la importante conclusión de Alsino, tan realista como resignado, que sólo en el amor supo "que era igual a todos" (*Alsino,* p. 229). Cuando se apaga la tierna humanidad con la muerte de Abigail, triunfantes la ignorancia y el sensacionalismo brutal, Alsino no tiene más remedio que huir; las ovejas le siguen "balando lastimeras" (*Alsino,* p. 230).

Es el "balido lastimero" de fines de la cuarta parte que anuncia la última etapa de la carrera de Alsino, físicamente la más dolorosa ya que corresponde a la angustia de la ceguera. Intelectualmente su vista ha mejorado. El romántico impetuoso se ha convertido en visionario quien predice mejores medios de comunicación entre animales y hombres: "Llegará el día en que el hombre aprenderá de los animales todo un nuevo y extraño saber" (*Alsino,* p. 250). Intuyendo las "nuevas verdades", parece que Alsino viene descubriendo alguna que otra de las más antiguas, sobre todo el hecho de que los goces supremos no dependen "de una orgullosa plenitud" (*Alsino,* p. 266). El que se había imaginado ser "centro del universo" termina por resignarse, sabia y humildemente, a las sobrias realidades, ya que las alas desenfrenadas le han alejado de los humanos sin acercarle a Dios. Viendo más claramente sin ojos que con ellos, se da cuenta de que solamente una vez gozó de genuina felicidad. Fue cuando estaba preso, cortadas las alas inquietas.

La carrera loca de Alsino que tiene tantos ecos vivos de actualidad, y su muerte en el aire "invisible y vagabundo", no puede menos de evocar las mariposas y la lámpara:

> "Vienen y danzan en torno... y hay un resplandor
> mayor cuando alguna en la llama, consumida, muere."

Las "alas inquietas" se han convertido en "alas consumidas".

---

[13] Es tan larga la cuarta parte de la novela como las tres anteriores tomadas en total.

El conflicto de conciencia de Esteban Solaguren, igual que las exóticas andanzas del "hombre raro" a la Isla de Pascua, se encuentran bajo la sombra de las alas de Alsino. Sin embargo *Un juez rural* merece más atención de la que recibe por regla general.[14] Si las alas de Solaguren son menos visibles, no están menos inquietas; obedecen un ritmo muy semejante a las de Alsino, el vaivén entre *spleen et idéal.* Las alas en el caso de Solaguren se presentan en forma del conflicto entre el anhelo de realizar la visión total y la deprimente necesidad de contentarse con la visión fragmentaria. Los litigios vulgares dentro del juzgado le cortan las alas a Solaguren; los domingos con Mozarena en el campo las hacen crecer. El franco anhelo de Solaguren de "dejar todo y para siempre ir sin rumbo por el resto de mi vida" (*Juez,* p. 72), contiene ecos de los más líricos vuelos de Alsino. Dentro de la estructura de la novela conduce ideológicamente a un episodio pintoresco el que vuelve a proclamar las alas inquietas del jorobado. Me refiero al relato de *Calienta la Tierra,* en que el vagabundo se convierte casi en el superhombre nietzscheano —"un ocioso potro altivo entre gruesas yeguas de cría y escuálidos caballos de faenas" (*Juez,* p. 82) —el *Uebermensch* en medio de *Sklavennaturen.* La decadencia y fetidez que penetran la visita al cementerio parroquial[15] ceden a la vitalidad de los vagabundos que ocurren con detalles pintorescos (y picarescos) en el capítulo anterior y en el siguiente —vitalidad que es acompañada por la observación clave de Solaguren (y seguramente de sabor autobiográfico): *"Muchos reirán, pero muchos han envidiado su existencia"* (*Juez,* p. 96).

Solaguren acude al silencio (¿las alas silenciosas?) para acercarse a la plenitud de sí mismo; en la deseada expansión total de su ser, constantemente en peligro de ser sumergido por las "tristezas cotidianas", se revela una vez más el anhelo frenético de Alsino. Las "tristezas cotidianas" siguen intensificándose, minando la resistencia del juez hasta que llega el momento fatal en que Solaguren se siente como preso en el laberinto de palabras "full of sound and fury" que no significan nada

---

[14] La edición solitaria de esta novela queda en contraste marcado con las cinco ediciones de *Alsino* manifiestas en la bibliografía de Silva Castro (véase *Revista Hispánica Moderna,* 26 [1960], p. 81). Merece nota que Lesley Byrd Simpson publicó hace poco una traducción de *Un juez rural* bajo el título *Country Judge* (Berkeley, 1968). Que yo sepa es la primera versión inglesa de una novela de Prado.

[15] Los sórdidos detalles del episodio traen a la memoria el poema "La charrogne" compuesto por Baudelaire sin duda con el objeto de "épater le bourgeois".

porque no captan la substancia de las cosas. "Palabras, palabras. ¿Cómo voy a creeros en adelante?" (*Juez,* p. 133).

Tal conclusión acelera evidentemente la decadencia del juez quien bien podría presentar su renuncia en este momento. Pero Prado intensifica el efecto artístico, completando en el campo físico el dilema intelectual y espiritual que acabamos de presenciar en el juzgado.

En el capítulo que sigue a la citada desilusión culminante, Solaguren no presenta su renuncia sino que "va y vuelve" por el aposento meciendo en sus brazos al niño enfermo. Igual que en el juzgado se siente como "triste fiera enjaulada" (*Juez,* p. 135). Intervienen tímidamente indicios de las alas inquietas cuando la andada del padre se hace cada vez más rítmica y acaba por convertirse en danza. "El padre con su hijo enfermo ¡Baila!" (*Juez,* p. 136). Concretándose las alas le vienen deseos a Solaguren de volver a bailar en las fiestas. "¡Cuántos años hace que no baila!" (*Juez,* p. 136). Como de costumbre interviene la realidad con franqueza brutal deprimiéndole más agudamente su propia debilidad en contraste con la resistencia de la madre. Todo el episodio por demás breve es de los más emocionantes en su misma sencillez humana, y muy revelador en términos de la personalidad compleja de Solaguren.

Cuando le encarece la madre de un ladrón que en juzgar el delito del individuo tenga en cuenta las consecuencias colectivas, ya que el castigo no admite las "alas solitarias", Solaguren presenta su renuncia. La "triste fiera" está enjaulada por completo; no queda jirón de alas.

El último cuarto del libro (a partir del capítulo "Un viaje irreal", p. 149) constituye el nostálgico esfuerzo de Solaguren para recuperar las alas perdidas, para volver a bailar ("¡Cuánto deseo volar!", diría Alsino, *Alsino,* p. 255). Acude a la costa, pero en vano. En vez de inspirar "una pasión profunda" tal como ocurre en *La reina de Rapa Nui* (p. 28), en vez de comunicarle con Dios por "reflejar el cielo" tal como leemos en *Alsino* (p. 95), el mar le produce viva angustia. Falta la resonancia. El "ritmo de las cosas eternas" no hace sino acentuar su infinita pequeñez. El galope del caballo (en el impresionante capítulo titulado "Alta noche") es otro eco de alas que no tarda en apagarse.

De vuelta en Santiago, las alas surgen por última vez para desaparecer finalmente. Solaguren, abrumado por hondo hastío, siente el anhelo por algo "nuevo y grande, algo que nos dignifique y libere" (*Juez,* p. 187). No encuentra alivio ni en la comida alegre, ni entre las mozas complacientes. La comida no le satisface, las mujeres "no conocen su oficio" (*Juez,* p. 192). Falta la chispa de humanidad.

La novela que empieza de noche en el deprimente decorado de un suburbio abandonado termina de noche en "la casa abandonada".[16] Termina en algo "frío e infranqueable" (*Juez,* p. 201) que —punto culminante del enjaulamiento espantoso— le impide a Solaguren comunicarse consigo mismo: "Ese desconocido que nunca encontrara en ningún camino de la tierra; ése era él" (*Juez,* p. 201).

Se ha dicho que *Un juez rural* se compone de dos partes bien definidas[17] y que la segunda, a partir de "un viaje irreal", no tiene nada que ver con la primera. Me parece que las dos partes se complementan mutuamente y que la reacción psicológica ayuda a iluminar al dilema filosófico y moral, y que éste sirve para explicar a aquélla. No son sino dos facetas del conjunto, unificadas por el concepto de alas.

Las tristezas cotidianas disputan con las alas inquietas con tanta vehemencia en *Un juez rural* como en *Alsino.* Solaguren busca las verdades esenciales igual que Alsino. Es una búsqueda que incluye experiencias tan variadas como las del hogar, las del juzgado, las excursiones dominicales con Mozarena, la costa y la ciudad; incluye la decadencia del cementerio tanto como la vitalidad del vagabundo. Es búsqueda de su propia identidad.

En una carta en que alude Prado al próximo "natalicio" de *Un juez rural* expresa la esperanza de que "este libro sea hombre".[18] Sin lugar a dudas se realizó su esperanza. *Un juez rural* es tal vez la novela más humana del autor, por explorar con sobriedad y con delicadeza el conflicto de conciencia de un hombre que se enfrenta con su "yo" y que descubre el abismo entre lo que anhela ser y lo que es.

Prado habla con voz de poeta, de filósofo y de novelista, predominando el poeta en *La reina de Rapa Nui,* el filósofo (quizás "filósofo poeta") en *Alsino,* el novelista (quizás "novelista filósofo") en *Un juez rural.* La idílica *Reina de Rapa Nui* con su sabor "muy dieciocho, muy antiguo y muy moderno" y con su espíritu rococó revela la preocupación con las alas que han de manifestar, con profundidad barroca, las emocionantes páginas de *Alsino* y de *Un juez rural.*

Son tres niveles distintos de la realidad del artista que colaboran para señalar su constante y dinámico anhelo hacia libertad y universalización, en fin, hacia la visión íntegra.

---

16 Es título de una colección de "parábolas y pequeños ensayos" (Santiago, 1912).

17 Arriagada y Goldsack, *op. cit.,* pp. 73-74.

18 Alone, *op. cit.,* p. 104.

Merece nota que *La casa abandonada,* colección de parábolas y pequeños ensayos, publicada dos años antes que *La reina de Rapa Nui* en 1912, ya ofrece las raíces de muchas de las ideas que se desarrollan más tarde en las novelas. En *La casa abandonada* ya surge en forma modernista la inquietud filosófica de Prado, reflejándose las "alas" en todos sus aspectos. Ocurren los gérmenes de tales conceptos predilectos como el vagabundo ("La casa abandonada"), el poeta a quien no comprende la sociedad ("El poeta"), el anhelo de viajar porque "el hombre desea novedad" ("El viajero"), la incapacidad de conocernos a nosotros ("El espejo"), que tiene sus ecos claros en la última escena de *Un juez rural,* los "hechos aislados" en contraste con la visión total ("Donde comienza a florecer la rosa"), el concepto de libertad ("El día de fiesta") y la conclusión deprimente que "los hombres, esclavos de la obligación, no saben emplear la libertad". Parece que los ensayos y parábolas les exhortan a los lectores: "Alzad los ojos y ved" (*La casa abandonada,* p. 37).

Afirma Torres Rioseco[19] que "en sus libros no ha hecho otra cosa sino interpretar su propia vida".[20] Consta que las alas inquietas vibran con la vitalidad de su temperamento inquieto, mientras que las alas consumidas reflejan la jaula de la realidad donde las centinelas están tan fatalmente presas como los prisioneros y donde "los manojos de llaves suenan como las cadenas que se arrastran".[21] (Sin embargo, en plantear la cuestión palpitante de la libertad individual no puede menos de rechazar, por caóticas,[22] las alas desenfrenadas del vagabundo, a pesar del cariño intuitivo que le profesa al pintoresco tipo humano.)

Las "alas", por lo tanto, además de permitirnos un vistazo de la filosofía personal del autor, unifican su obra narrativa. Señalan la trayectoria desde la fantasía romántica, a través de la alegoría del "poema sinfónico", hasta la compleja humanidad de la novela, desde el "polvo de oro" hasta la "liviana ceniza", desde lo ideal hasta lo real, desde *Dichtung* hasta *Wahrheit.*

KURT L. LEVY

Universidad de Toronto

---

19 *Grandes novelistas,* p. 165.

20 Silva Castro opina: "Recorrerá casi en vano las páginas de los libros de Pedro Prado el lector que espere hallar ahí... confesiones de la vida propia del artista" (*Revista Hispánica Moderna,* 26 [1960], p. 1).

21 "Vagabundo" en *Los pájaros errantes,* p. 135.

22 Bello, en su discurso inaugural de la Universidad de Chile, acentúa la diferencia entre "libertad" y "desarreglada licencia".